

YO, ENVIADA  
ESPECIAL



A ÁFRICA



EN NÍGER  
ALMUDENA SOLANA

8

## Donde la ayuda sí llega

*Azotada por el sida, la malaria, las hambrunas y las guerras civiles, la población de Níger, el país más necesitado del mundo, vive con ilusión la irrupción de las caravanas de alimentos que arriban desde el Primer Mundo. YO DONA se subió a una de ellas de la mano de la escritora Almudena Solana y la ONG Infancia sin Fronteras. Al final, la comida alcanza su destino.*



**Me he ido de viaje al hambre, allí donde te mira un niño** y te clava dos lunas. Allí donde la madre te entrega a su hijo para que te lo lleves de sus brazos y de su tierra, le salves la vida y ella pueda centrarse en los otros nueve que tiene que alimentar. Ha sido un viaje duro, acompañando a la ONG Infancia sin Fronteras (ISF) en su tortuoso reparto de alimentos por los poblados más necesitados del sur de Níger, el país más pobre del planeta. Allí, lejos de todo, ISF quiere llevar adelante un programa de apadrinamiento de niños que les permita, por ejemplo, ofrecer microcréditos para que una mujer pueda comprar una cabra o una vaca. «Ahora les damos peces, pero lo que queremos es facilitarles la caña», me dice, convencido, Miguel Ángel Gisbert, vicepresidente de ISF.

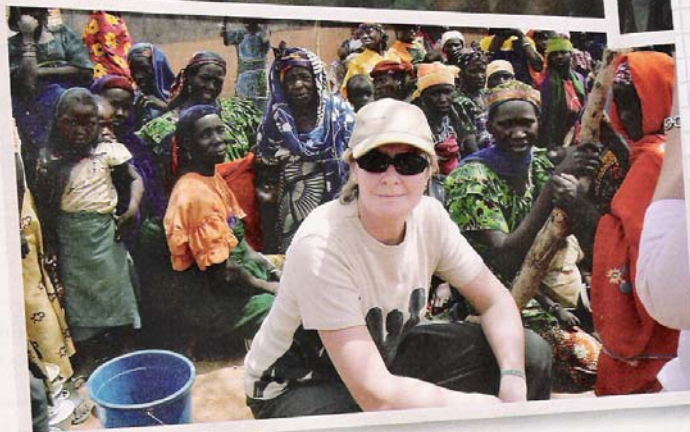
Acabo de regresar de aquella tierra roja y seca y, sin embargo, todavía estoy allí. Allí, en medio de aquella llanura de plomo y chozas malamente construidas de adobe y paja. Sigo allí, con el estómago cerrado, los ojos abiertos y unos papeles en mi mano que dicen que la ayuda que necesitaría Níger para salir de su crisis humanitaria equivale al gasto mundial que se realiza en armamento en sólo 20 minutos. Allí, en Níger, la reserva de alimentos cada día es menor, porque la sequía avanza y las últimas cosechas, además, han sufrido la plaga devastadora de la langosta, que ha arruinado los cultivos. En el avión de ida, por añadidura, se recibió la noticia de la gripe aviar. «¿Qué les digo yo a los niños sobre los pollos?», pregunta un profesor con el que coincidimos en la carretera, a 105 kilómetros de Dosso. «Que no jueguen con ellos», responde alguien.

Soy un bulto entre los miles de kilos, litros y paquetes de aceite, harina, arroz, leche en polvo, cereales... Un bulto que, en cambio, ha visto que la comida llega a su destino. Hace meses, los contenedores salieron de Valencia, fruto de una campaña de Navidad, y llegaron al puerto de Benin para después alcanzar la frontera con Níger. Ése era nuestro punto de encuentro con los cuatro camiones de

comida, pero permanecíamos quietos por las fuertes medidas de seguridad en esa zona de la frontera. Yo me moví en una ocasión, y me requisaron la cámara y me destruyeron las fotos. Todo quedó ahí. Sin embargo, comprobé que un policía armado yendo a por ti en medio de la noche con una linterna mientras ilumina tu cara te hace sentir miedo. Comprobé, igualmente, en medio de aquella desolación, que los blancos podemos llegar a considerarnos más dañinos que un candil. En Níger, desde luego, me he sentido mal siendo blanca; demasiado blanca, demasiado distinta, demasiado afortunada, demasiado empachada de gula.

Los días se convirtieron en un papel continuo, sin cortes, porque este país es muy grande y las comunicaciones, muy deficientes. Horas de carretera, ruedas que revientan como si fueran globos en una fiesta de cumpleaños a consecuencia de los 50º de temperatura. Los baches, los conductores que paran cada cierto tiempo para rezar el Corán. Y la noche llega y no importa, porque el cielo se convierte en el gran azul. Si hay suerte, se para a dormir en el suelo o en una mesa de una sala de convenciones, o con los tuaregs, en un magnífico escenario, el desierto, donde ISF mantiene una escuela para que los hijos de los nómadas puedan recibir educación mientras sus familias pastorean. Hemos recorrido 3.000 kilómetros a una media de 50 km/hora. Por eso, nuestra travesía ha sido, forzosamente, igual de lenta que el vuelo de esos invasores plásticos blancos y negros, restos de las bolsas de agua en las que bebe la gente. Níger está lleno de esos envases livianos que suben y bajan al suave ritmo de un aire que no existe. El cielo es gas metano y la vida se convierte en una bolsa que parece que cae, pero, después, justo antes de llegar al suelo, vuelve a subir.

El cuerpo se transforma, tal vez por el calor o la impresión, o las dos cosas a la vez. El estómago se cierra y, con ello, desaparecen también los órganos que se encargan de centrifugar y eliminar lo



La mujer de Níger,  
analfabeta hasta  
que muere, en  
torno a los 46  
años, da a luz a  
muchos hijos,  
va al pozo a por  
agua, trabaja el  
campo y alimenta  
a la prole. El  
hombre, mientras  
tanto, no hace  
nada más que ver  
pasar las horas  
protegido del sol  
bajo un chamizo.

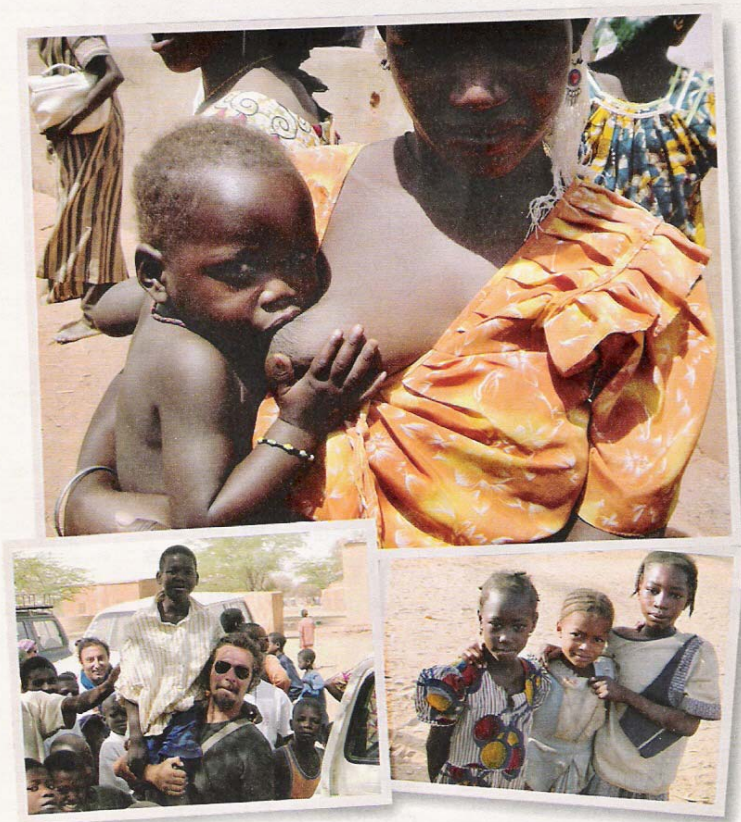
ingerido. El cuerpo, invadido de vacunas, también huye, igual que la cabeza, que desaparece porque está permanentemente concentrada en las horas de las pastillas, las precauciones del agua, el repelente de los mosquitos, la seguridad de alrededor. Son muchas las transformaciones. El pulso se fuga a los tobillos; desde ahí se escuchan internamente los latidos del corazón. Si no fuera por los ojos, se diría que soy otro bulto de carga paralizada: alguien que no comprende. Pero veo. Y huelo. Huelo a especias, a perfume barato y a pimentón. Y veo. Veo a niños que corren contentos y a toda velocidad. Pienso cuánto más serían capaces de correr si no estuvieran descalzos. Veo mujeres elegantísimas, envueltas en telas de color, lavando la ropa a tortas en el río. El color de Níger vence sobre la negrura o la desolación: las pequeñas palanganas verdes, azules y amarillas de las que se acompañan los niños que duermen en la calle. Palanganas con las que piden, en las que comen, con las que juegan... Cuando tú cantas algo, ellos repiten, gritan con los gritos del desierto. Los imitas y se ríen. Y así pasan las horas. Llega una vez más el reparto de alimentos y se aprende de la dignidad del saber recibir. Cuando se junta la multitud al olor del reparto, aquello es una explosión de

color, incluso de suave júbilo. Si uno no afinara en su observación, podría pensar que, efectivamente, se asiste a una fiesta. En esas horas descubrí, sin embargo, que aquello que oía era el sonido del hambre. Porque el hambre tiene una melodía: es algo parecido a la algarabía de los niños occidentales en una piscina de bolas, amortiguada en su volumen por la agonía de un bebé con fiebre y dolor, y por la triste felicidad de una madre haciendo suave tantán con su mano sobre un cuerpecito, mientras ambos esperan su turno para realizar la mezcla de mijo, harina y aceite.

#### HAMBRUNA, NO MISERIA

«Llévatelo», dice la madre. Y tomas a un niño en brazos y arde de calor. Es la fiebre por un pequeño catarro. Cualquier cosa les mata, debido a que, por dentro, están vacíos de salud, alimento y defensas. Y las manos, en sus palmas, se oscurecen, tal vez por las pastillas de la malaria, o tal vez también porque, en el fondo, quisieras ser negra para sentirte menos miserable. He aprendido en este viaje la diferencia entre miseria y hambre; me la explicó Xavi Martínez, el responsable del proyecto ISF, que reside permanentemente en Maradi, un luchador como cualquiera del lugar. Me dijo que ▶

Suplemento "Yo Dona"  
del diario "El Mundo"  
del día 1 de abril de 2006



la gente aquí es feliz, no conoce la miseria. «Ellos sólo tienen hambre. A eso se le llama hambruna, y no miseria.» Desde luego, no es miseria que te dé la mano continuamente gente que no conoces y que te desee que tengas buen día. No es miseria que te miren bien los que están mal; no es miseria que consigan que no te sientas mal los que están peor... Eso es Níger. Y entre todos ellos, la mujer, analfabeta hasta que muere, en torno a los 46 años. Da a luz a muchos hijos, va al pozo a por agua, trabaja el campo y obra el milagro de alimentar a la prole. El hombre, mientras tanto, no hace nada más que ver pasar las horas refugiado del sol.

He convivido con leproso, con hombres amputados haciendo equilibrios con las muletas para mantener ajustada en su único pie una chancla rota. Después de ver cómo trocea un niño un caramelo para compartirlo con otros cinco niños, cómo reparte un refresco de cola utilizando el tapón como vaso de medida; después de ver la blancura de unos dientes en unos cuerpos que, sin embargo, están desnutridos; después de aprender a recibir una donación como esos niños y madres de los poblados, que ponen siempre las dos manos para acoger cualquier cosa, aunque sea pequeña, es difícil preguntarse algo.

Regreso a casa en el Día Internacional de la Mujer. La primera imagen de televisión me llegó difuminada por el cansancio. Distintas mujeres de la política española bailaban en Mozambique en un Encuentro España-África a favor de la erradicación de la pobreza femenina. Aunque no lo hubieran pretendido, la verdad es que, en ellas, las telas africanas se convirtieron en disfraz. La televisión informaba después del sedentarismo como la auténtica causa de la obesidad en España: «Un 50% de la población lo padece», insisten por televisión. Cierro los ojos a los bailes, a las telas africanas envueltas en las cabezas de las políticas que alzan los brazos como pueden en Maputo. Cierro los ojos a los problemas de la obesidad y me voy al mundo negro de Níger, confiando en que la almohada me ayude a hacer balance. **yo**

FOTOS: ALMUDENA SOLANA

\* Almudena Solana es escritora, autora de El currículum de Aurora Ortiz, que ha sido traducido al inglés y ha cosechado excelentes críticas en toda Europa.

\* Infancia sin Fronteras: tel. 902 33 35 03, [www.infanciasinfronteras.org](http://www.infanciasinfronteras.org).